

Gabriel Flores

Del mensaje y la radiografía que resultan del 28A

(*nuevatribuna.es*, 6 de mayo de 2019).

En los análisis de los resultados electorales se lee a menudo una expresión que no por ser usada de forma habitual deja de ser extraña: las urnas han hablado. Y se aportan los argumentos que le atribuyen un significado y un sentido al supuesto mensaje emitido por millones de votos excarcelados de las urnas. Casi siempre, lo que dicen que dicen las urnas dice más de los analistas, de sus inclinaciones y fobias políticas o de los intereses de los que son deudores, que de la siempre discutible síntesis de la voluntad popular que deriva de la distribución de votos y escaños.

Los mensajes, en plural, emitidos por las urnas son, en realidad, muchos y contradictorios. Así, no es el mismo mensaje el que han recibido, por poner un par de ejemplos, **Llamazares** y su partido que el destinado a **Casado** y al PP. Por otra parte, ninguno de esos dos mensajes ha sido nítido. No está claro, en el primer caso, si los 30.448 votos conseguidos por Llamazares quieren decir que no existe ese espacio electoral de más de un millón de votantes progresistas que no se sienten bien representados por el PSOE ni por Unidas Podemos (UP) o si las circunstancias no han sido propicias, dada la polarización de la campaña electoral, a que acabaran plasmándose en votos para Llamazares. O, en el caso de Casado, si su error tiene un carácter estratégico, el de haber incorporado a la extrema derecha neofranquista como socio en su objetivo de debilitar a las fuerzas progresistas y a los partidos nacionalistas catalanes y vascos con los que confronta el nacionalismo español excluyente o un carácter formal y táctico, por revestir las propuestas de un tono bronco y frentista sin guardar unas distancias mínimas con el sustrato ideológico neofranquista de la extrema derecha que no es del agrado de parte de sus votantes.

Antes que mensajes claros y unívocos, el [resultado electoral del pasado 28A](#) muestra una radiografía de las afinidades políticas electivas de una sociedad muy plural y de los espacios políticos que tienen posibilidades de conformar el próximo Gobierno de España. Y a partir de ahí viene el proceso de reelaboración política de esos resultados para seleccionar uno de los escenarios que los votos han hecho viables y definir un programa gubernamental delimitado por los acuerdos explícitos e implícitos negociados por las fuerzas que conformarán el nuevo Ejecutivo o le darán su apoyo.

La radiografía política que dibujan los votos del 28A

Si observamos la radiografía que muestran los votos conseguidos por las principales opciones políticas se ve la imagen de tres grandes bloques políticos profundamente divididos entre sí, aunque no estancos, y asentados de forma muy desigual territorialmente: las izquierdas, las derechas y los nacionalismos periféricos confrontados con el nacionalismo español históricamente dominante.

Y en el interior de cada uno de esos tres grandes bloques se aprecia una notable fragmentación ideológica y táctica que alimenta una competencia entre los partidos que componen cada bloque que puede concluir en virulentas disputas por la hegemonía política, social y cultural.

En números, el 28A permite observar que los bloques de la izquierda y la derecha recibieron un número muy similar de votos, alrededor de 11,3 millones de votos cada uno. Muy por debajo, los partidos nacionalistas catalanes, vascos y gallegos suman la nada despreciable cifra de 2,4 millones, aunque lo determinante de este tercer bloque no

es tanto su peso electoral, que también, como la enmienda a la totalidad que hace a la concepción de una España uniforme y un nacionalismo español excluyente que sólo se reconoce en una de sus partes, de su historia o de sus lenguas y que considera un agravio la existencia de otros nacionalismos que impugnan al nacionalismo español. Los resultados electorales en Cataluña y País Vasco o, con mayores diferencias y especificidades, en Navarra y Galicia muestran la pujanza de esos otros nacionalismos que mantienen una posición significativa, cuando no mayoritaria, en las circunscripciones que forman la base territorial de sus respectivas naciones, tan históricas o legítimas como la española aunque su actual configuración política e institucional proceda de los Estatutos de Autonomía aprobados a partir de 1979.

De esa radiografía electoral se deduce una conclusión: [las urnas han derrotado a la alianza derechista](#) que tenía la pretensión de laminar al conjunto de las fuerzas de izquierdas y al independentismo catalán. Aunque la calificación de esa derrota merezca algunas matizaciones que haré después.

Una tasa de participación electoral excepcional del 75,75% (habría que remontarse a 1996 para encontrar un porcentaje superior), en una situación dominada por el griterío y las furias reaccionarias, y la serena respuesta de una mayoría moderadamente progresista han parado los pies a la derecha y han dejado constancia de la apuesta de la ciudadanía por una convivencia en paz y de un diálogo sin imposiciones antidemocráticas o anticonstitucionales. Pero que se haya hecho evidente el rechazo electoral al propósito de las tres derechas de imponer un nacionalismo español excluyente no significa que haya una alternativa de articulación territorial del Estado español capaz de suscitar el apoyo mayoritario de la ciudadanía. Esa alternativa hay que construirla políticamente, está aún muy inmadura y las fuerzas políticas deben aún trabajar y dialogar mucho para que se abra paso. Los votos progresistas y nacionalistas confrontados con el nacionalismo españolista sólo suman a la contra, no suman a favor de una fórmula alternativa de articulación territorial.

Menos claro o más discutible es que la derrota del bloque de las derechas se entienda también como derrota de las políticas económicas y sociales que defiende. Es cierto que las políticas amigables con los beneficios empresariales, de [desregulación del mercado laboral](#) o de consolidación presupuestaria acelerada cuentan con menos consenso social que en los primeros años del estallido de la crisis global en 2008. La perpetuación de altas tasas de desempleo, los recortes, la pérdida de calidad y la privatización de los bienes públicos, la extensión de los empleos precarios mal remunerados o la multiplicación de los [riesgos de pobreza y exclusión social](#) han hecho que la pérdida de apoyo de la ciudadanía a la estrategia de austeridad y devaluación salarial emprendida o impuesta en 2010 haya avanzado al mismo ritmo que se debilitaba la cohesión social, aumentaba la inestabilidad política, se disparaban las desigualdades y se hacía evidente que el mayor crecimiento económico conseguido a partir de 2014 era capturado por una minoría y no suponía mejora del bienestar de la mayoría social ni recuperación de las rentas, bienes públicos y derechos laborales perdidos.

Sin embargo, el debate sobre qué estrategia económica seguir está vivo, tanto en España como en la Unión Europea; sin que se puedan sumar los votos de los dos bloques que han derrotado a las derechas ni se pueda decir que exista un consenso social mayoritario sobre sus elementos claves, más allá de algunas frases bienintencionadas y de las propuestas avanzadas, consensuadas y aprobadas por el primer y breve Gobierno de **Sánchez** con el apoyo de los partidos que apoyaron la moción de censura a **Rajoy**. Es mucho, sin duda, pero aún no conforman una estrategia económica alternativa precisa y viable políticamente. En los terrenos económico y social, sumar votos progresistas y

votos nacionalistas es una operación aritmética que tiene mucho de artificial, la aguanta el papel y poco más.

En materia de política económica no se deriva del resultado electoral del 28A un mandato claro. Son los políticos y la acción gubernamental los encargados de explorar los límites y de comprobar las cesiones y los apoyos parlamentarios que son necesarios para aprobar cada medida. Y habrá mucho de negociación, tanteo y rectificación en una coyuntura económica mundial y europea particularmente delicada y compleja, de continuidad de la desaceleración del crecimiento del comercio y la actividad económica, y en una [nueva situación política de la UE](#), con un seguro avance electoral de las derechas y extremas derechas neosoberanistas que condicionarán las propuestas de una derecha conservadora europea todavía mayoritaria y marcarán los límites de las reformas institucionales que son imprescindibles para que el euro funcione y sirva para cumplir las promesas de convergencia, mejora del bienestar de la ciudadanía europea y cohesión que justificaron su creación.

Dos grandes derrotados y los impactos de esas derrotas en la campaña electoral del 26M

La radiografía del resultado electoral del 28A indica los límites de la victoria de la izquierda, la derrota de la estrategia reaccionaria seguida por la derecha, el avance de los nacionalismos periférico y dos grandes derrotados, el PP y [Unidas Podemos](#).

En el caso del PP se confunde a menudo la clamorosa derrota electoral de Casado y su estrategia de escoramiento a la derecha, de la que el PP tardará en recuperarse sin que pueda excluirse que Cs lo sustituya en su posición predominante en la derecha, con la más controvertida derrota del bloque de derechas, en el que tanto Cs como Vox han salido reforzados y suma tantos votos como el bloque de izquierdas.

A la importante y generalizada pérdida de votos (3,55 millones) y escaños (71 diputados), respecto a los resultados de 2016, el PP debe añadir su desaparición del Parlamento Vasco, su reducción a casi nada (**Álvarez de Toledo**) en el Parlamento de Cataluña y el descenso a la segunda posición en su feudo gallego. Por otro lado, los 2,68 millones de [votos conseguidos por Vox](#) muestran hasta qué punto la legitimidad que **Casado** otorgó a su alianza con la extrema derecha neofranquista amplió la hemorragia de votos por su derecha y proporcionó vuelo a la intención de C's de arrebatarle su posición hegemónica en el espacio político de la derecha.

Rivera no consiguió su objetivo por muy poco, pero los votos logrados por C's le reafirman en esa estrategia, que espera culminar en las elecciones del 26 de mayo, para lo que está obligado a intensificar sus críticas al PP en una dura campaña de reafirmación de C's, tanto frente a la izquierda como frente a sus aliados del bloque derechista, que confirme su liderazgo en la oposición al PSOE. C's espera asestar el golpe definitivo a un PP profundamente desorientado, dividido y sobredimensionado en sus estructuras orgánicas por una corrupción de la que aún hay mucho juicio por hacer y sentenciar. Supone Rivera que, una vez consiga sobrepasar a un PP aturdido por un nuevo revés electoral, tendrá tiempo de migrar sin prisas hacia aguas políticas más templadas: un lento y medido viaje de vuelta hacia el centro liberal que le permitirá en las próximas elecciones generales tener expedito el camino a la Moncloa. Por eso cabe prever una notable intensificación de las descalificaciones al PP por parte de C's y la correspondiente reacción del PP. Confrontación que no permitirá a Rivera ningún tipo de acercamiento a **Sánchez** en los próximos meses, a poco que los resultados electorales afirmen la posición de C's y avalen su campaña de acoso y derribo del PP.

La derrota de UP, menos dura que la la del PP en votos y escaños (aunque ha perdido aliados, más de un millón de votos y alrededor de una treintena de asientos en el Congreso y el Senado) tiene otro sentido político. La tensión y polarización política generadas por la aparición de Vox y por su impronta política en las propuestas de sus socios de derechas han movilizadado el voto progresista. La oferta política encabezada por **Sánchez**, un cambio tranquilo que apela al diálogo, la convivencia y una mayor protección pública a los sectores desfavorecidos y que sustenta en la legalidad y la Constitución como garantías de democracia, ha conseguido convencer a buena parte de la izquierda de la utilidad del voto al PSOE.

Iglesias, en lugar de reconocer su derrota, más allá de una crítica generalista e imprecisa a la imagen de división interna que ha dado Podemos y de los intentos de imputar a Errejón parte de la pérdida de votos, para desacreditarlo ante sus votantes como desleal competidor electoral en Madrid, se ha empeñado en transformar la derrota electoral en una victoria política que sólo podrá lograr con la [incorporación de UP al nuevo Gobierno de Sánchez](#). Hay escasa probabilidad de que pueda tener éxito en tal empresa. UP hace una mala lectura del resultado electoral, de la pérdida de votos y de sus causas. Y hace una peor lectura de la viabilidad de un escenario de coalición gubernamental entre UP y PSOE y del interés que manifiesta Sánchez en tenerlo como aliado parlamentario sin otorgarle la condición de socio de Gobierno. No creo que el empeño de UP en reivindicarse como única garantía de un programa de izquierdas en un Gobierno de coalición presidido por Sánchez tenga algún futuro. No estaría de más un mayor esfuerzo por parte de las direcciones de Podemos e IU para elaborar una estrategia y una argumentación algo más complejas y mucho más realistas que permitieran a UP adaptarse en mejores condiciones, en cualquiera de los escenarios posibles, a su papel esencial de impulsor de un cambio progresista a favor de la mayoría social que no pasa necesaria ni probablemente por la formación de una coalición gubernamental de izquierdas entre UP y PSOE. [Sánchez tiene la batuta y no parece inclinado a dirigir la partitura de una coalición de izquierdas](#).

No se trata tampoco de que el equipo dirigente de Podemos comience la nueva campaña electoral con una autocrítica devastadora de su gestión que, además de apresurada, podría ser contraproducente, pues empeoraría el desarrollo de su campaña, los ánimos de sus activistas y votantes y, como consecuencia, sus resultados. Se trataría, más bien, de abrir la puerta a un debate interno tras el 26M y de valorar como legítimas las muchas críticas que pueden hacerse a su gestión, por la incapacidad de integrar las diferencias, por la escasa aplicación en la organización y el impulso de la reflexión y el debate de los círculos y el resto de órganos internos o por las formas autoritarias de resolver las discrepancias internas y sus relaciones externas, exhibiendo unas ínfulas frente a sus potenciales socios que han dejado poco espacio para la cooperación y han dificultado, cuando no impedido, la consecución de acuerdos razonables con otros actores políticos de ámbito local o regional en la denominación y composición de las listas y en la elaboración de los programas electorales. Podemos, junto a las alianzas y confluencias generadas en las anteriores elecciones municipales y autonómicas, seguirá siendo una pieza clave del cambio posible, siempre que muestre capacidad de rectificación, para lo que debe mostrar su predisposición a rectificar, reconozca la importancia del resto de actores políticos con los que comparte espacio político y se reacomode a la nueva posición en la que lo han colocado las urnas.

Si no lo hace así y se reafirma en sus emplazamientos y confrontación con el PSOE y con otras opciones y agrupamientos municipales y autonómicos con parecidos planteamientos progresistas, continuará su deslizamiento hacia los márgenes de una

izquierda enfurruñada e incapacitada para transformar sus apoyos electorales y sociales en políticas favorables a la mayoría social. Incapacidad que terminará en disgregación y neutralización de su potencial para impulsar la regeneración democrática y el cambio político y social.

Hay riesgos evidentes de sectarización de las campañas de las diferentes y variadas opciones de izquierdas que en las elecciones a Ayuntamientos y Comunidades Autónomas competirán por los votos favorables a un cambio progresista. Opciones electorales que deben encontrar su justificación en lo que aportan y no, en ningún caso, en sus ataques a otras opciones progresistas y de izquierdas por lo que hayan hecho mal o dejado de hacer, sin valorar lo mucho que han hecho bien desde el gobierno de los Ayuntamientos del cambio y algunas CCAA o desde la oposición municipal en muchas grandes ciudades y pequeños pueblos.

En los Ayuntamientos y CCAA que no se hayan podido lograr las confluencias de las distintas fuerzas situadas a la izquierda del PSOE, convendría aportar mesura, no atizar las disputas inútiles y encauzar los inevitables roces en un debate racional que no elimine las opciones de su necesaria cooperación. Aunque resulte fácil entender que la suma de todas las opciones progresistas es imprescindible para no perder las posiciones institucionales conseguidas y profundizar el desprestigio de las tres derechas, haríamos bien los votantes de las diferentes opciones progresistas en no seguir ni apoyar esa pulsión suicida de la izquierda que consiste en descalificar a las opciones más cercanas y enzarzarse en peleas con una gran carga ideológica o personal que no van ni llevan a ninguna parte, pero ayudan a dejar el campo abierto al avance de las derechas. Y en recordárselo a los líderes y a las opciones políticas que impulsen o sigan esa deriva.

Más Manuela

nuevatribuna.es, 16 de mayo de 2019.

Faltan pocos días para que acabe la maratón electoral que determinará el reparto final de poder institucional entre los diferentes partidos y bloques políticos, esta vez en los niveles más próximos a la ciudadanía, Ayuntamientos y buena parte de las Comunidades Autónomas, y en el más alejado, pero no por ello menos decisivo, el Parlamento Europeo. No me referiré al conjunto de la contienda, me detendré a examinar exclusivamente lo que ocurre en mi ciudad, Madrid, una parte limitada de la confrontación electoral, pero con un enorme valor simbólico y político.

El resultado electoral en Madrid va a proporcionar información y enseñanzas relevantes en dos asuntos que serán claves en la evolución de la inacabada crisis de representación política en la que seguimos inmersos: primero, en las tareas de recomposición y reorientación política que tendrán que iniciar en pocas semanas las formaciones progresistas y de izquierdas que no puede representar el PSOE; y segundo, en la delimitación del espacio político de la derecha respecto a la extrema derecha neofranquista, en el caso de que Manuela Carmena y el bloque de izquierdas obtengan más concejales, o en la reafirmación de la proximidad y alianza política entre las tres derechas, si unidas suman más que la izquierda. Todo eso, además de permitir reevaluar con mayor precisión la [relación de fuerzas entre izquierdas y derechas que evidenciaron las urnas en las pasadas elecciones generales](#), se juega el 26 de mayo o depende en parte de lo que se vote ese día.

Lo reflejan todas las encuestas y, a poco que se ponga el oído, se puede escuchar en todas las conversaciones que tratan de las próximas elecciones municipales madrileñas: las [posibilidades de revalidar un gobierno municipal progresista y de izquierdas](#) pasan, ineludiblemente, por la actual alcaldesa de Madrid, y su candidatura de Más Madrid.

Carmena pide el voto para consolidar lo hecho en estos últimos cuatro años y dar continuidad al proyecto de seguir construyendo una ciudad abierta y una sociedad integradora y amable; para tener un Madrid más limpio, de basura, malos humos y políticos y empresarios corruptos, más verde, contribuyendo a la lucha contra el cambio climático, y más feminista, poniendo la igualdad de derechos entre hombres y mujeres como una de sus grandes prioridades; para avanzar en cohesión económica, social y territorial; y para ofrecer más oportunidades al conjunto de la ciudadanía y no dejar a nadie en los márgenes de la exclusión o sin la protección del Ayuntamiento.

La continuidad de Carmena como alcaldesa de Madrid va a depender de muy pocos votos y de muy pocos concejales. Como en 2015, cuando por la mínima (29 concejales frente a 28), Carmena salió elegida y Madrid pudo romper con ese funesto último cuarto de siglo (1991-2015) en el que, nadie debería olvidarlo, *manzanos, gallardones y botellas* pusieron al Ayuntamiento de Madrid al servicio de la corrupción organizada y el latrocinio que protagonizó el PP en colusión con una poderosa minoría económica y con una no menos influyente jerarquía católica encantada de mantener sus privilegios económicos, sus negocios educativos y su capacidad de adoctrinamiento religioso con el objetivo de intentar imponer a la sociedad civil sus creencias y dogmas morales.

Carmena tiene a su favor que no solo habla de promesas y programas, puede sacar a relucir los números y logros de su reciente gestión y ha hecho de la rendición de cuentas a la ciudadanía una bandera y un compromiso personal e institucional. Tiene, además, unas maneras de ser y estar al frente del Ayuntamiento y de relacionarse con la ciudadanía que le permiten ir en Metro a su puesto de trabajo en Cibeles y que la distinguen de sus infaustos predecesores y de la mayoría de los fatuos políticos al uso.

El 26M, en Madrid, hay demasiados riesgos de que ganen las tres derechas (en las recientes elecciones generales del 28 de abril sumaron en el municipio de Madrid un 53,58% frente al 43,55% que sumaban PSOE y UP) como para jugar a marcar diferencias o promover enfrentamientos con otras opciones progresistas. No se pueden despreciar los logros de la gestión del Ayuntamiento de Carmena o minusvalorar su imprescindible contribución a la regeneración democrática de la vida política madrileña, ni olvidar quiénes son y qué intereses defienden las tres derechas, que son la única alternativa real y los verdaderos contrincantes. Recuerden sus siglas, porque sus nombres y políticas son intercambiables, PP, Cs y Vox unirán votos y concejales para gobernar el Ayuntamiento de Madrid si el resultado electoral se lo permite.

Carmena necesitará el apoyo de todos los votos y concejales progresistas y de izquierdas, no sólo los de Más Madrid, también, de los ediles del PSOE y, en caso de que los consiga, de los de Madrid en Pie Municipalista. Y ahí está uno de los problemas cruciales, si la plataforma formada por IU, Bancada Municipalista y Anticapitalistas podrá superar el listón del 5% de los votos válidos (más de 81.500, en el caso de que la tasa de participación sea similar a la de las últimas elecciones municipales de 2015) y transformarlos en concejales. Objetivo muy difícil, sino imposible. Se tome la referencia que se tome, los números no salen: los resultados obtenidos por IU en 2015, las últimas elecciones municipales, con 27.869 votos o un 1,71%; la macroencuesta del CIS, 1,5%; la reciente encuesta de Sigma Dos, 1,5%. Si llegan a ese umbral mínimo del 5%, sus ediles tendrán que entenderse con los del PSOE y Más Madrid; si no lo

alcanzan, esos votos irán a la papelera y no contribuirán a impedir que la derecha vuelva a gobernar el Ayuntamiento de Madrid.

Naturalmente, Carmena y el Ayuntamiento que ha presidido no han hecho todo lo que querían y algunos de los resultados de su gestión han sido cuestionados y son cuestionables y, por ellos, ha recibido y sigue recibiendo su dosis de fuego amigo y enemigo, con las correspondientes merecidas o inmerecidas críticas. Lo normal en la gestión institucional y en el juego político democrático. Y más normal aún en una campaña electoral. Pero no parece muy juicioso que ninguna de las opciones de izquierdas sustente su campaña electoral en críticas a la gestión de Carmena en lugar de centrarse en cómo continuar la labor realizada, cómo consolidar la apuesta por un Ayuntamiento progresista al servicio del conjunto de la ciudadanía y la mayoría social y en qué cambiar y mejorar lo que consideren reformable o mejorable. ¿Es tan difícil reconocer lo mucho que ha hecho bien este Ayuntamiento progresista y lo mucho que ha cambiado Madrid en los últimos cuatro años? No se trata de ocultar las diferencias o las críticas, se trata de ponerlas en contexto y de encauzarlas en una campaña electoral que no arrastre a la división y explique qué se quiere hacer y con quién, en lugar de resaltar los posibles y discutibles errores o insuficiencias de un Ayuntamiento que, para colmo, ha estado la mayor parte de su gestión cercado por normas presupuestarias impuestas e interpretadas por el Gobierno de Rajoy.

No se puede perder de vista el principal objetivo en estas elecciones municipales: mantener el Ayuntamiento en manos de personas y fuerzas políticas que han demostrado que se pueden gestionar los asuntos públicos manteniendo las manos limpias, sin robar ni lucrarse y sin financiar campañas electorales o gastos partidistas.

Un aspecto muy sobresaliente del tipo de liderazgo que encarna Carmena se va a poder observar de nuevo el 26M, cuando las urnas demuestren que, pese a los errores cometidos por todas las partes en la configuración de las opciones electorales surgidas de Ahora Madrid, Carmena mantendrá buena parte de los votos conseguidos en 2015 y seguirá siendo la política más votada, además de la mejor valorada por la ciudadanía madrileña. Se volverá a mostrar, para quien quiera verlo y sacar las correspondientes enseñanzas, en qué consisten las políticas favorables a un cambio posible y cómo son las líderes y las opciones electorales transversales que se dirigen al conjunto de la ciudadanía para mejorar la ciudad y la convivencia y para realizar políticas de protección de las personas y sectores sociales que más necesitan de las instituciones. Actúen y voten en consecuencia.